



Wendy Guerra explora la herida de la disidencia en su última novela

La escritora cubana insiste en la construcción de un nuevo país dialogante



ALEJANDRO GARCIA / EFE

“A los trece años me pusieron un arma en la mano –explica Guerra–, así que perdí la inocencia pronto”

NÚRIA ESCUR
Barcelona

Un libro dedicado a Gabo y encabezado por una cita de Dulce María Loynaz (“Bárbara pegó su cara pálida a los barrotes de hierro y miró a través de ellos...”) ya da claves de por dónde van los tiros. “A pesar de ser premio Cervantes, Dulce nunca salió de su casa. Y Gabo, bueno, hablar con Gabo y Silvio Rodríguez (autor de la foto de portada, la propia Wendy de joven) fueron mi único ensayo de democracia en Cuba. El diálogo aunque haya discrepancias”.

Cleo es una joven poeta de La Habana. Para la Seguridad del Estado su éxito ha sido “fabricado” por el enemigo como arma de desestabilización del país; para algunos intelectuales en el exilio, es una infiltrada de la inteligencia cubana. En esa dualidad navega la protagonista de *Domingo de Revolución* (Anagrama).

“Escribí un cuento, *El espía*, y se lo mandé a Ana M.^a Moix, ya en el hospital”. Fue ella quien le dijo que debía ser una novela. Wendy le hizo caso. “Lo difícil era encontrar una voz poética para hablar de cosas tan duras. No puedes quedar bien con tu país, con los periodistas, tus editores, con-

tigo misma, así que he decidido quedar bien con la literatura”.

Maestra en metamorfosis, novelista, poetisa, bloguera, miembro de esa generación de “incómodos” nietos de la revolución, Wendy Guerra (La Habana, 1970) hace tiempo que nos viene cautivando aunque su obra, que ha sido traducida a trece lenguas, no esté editada en su país, Cuba. O precisamente por eso.

Guerra abrió la rueda de prensa apuntando que “como no puedo tener prensa en mi país, a ustedes les veo como mi familia; en lo único que no miente un periódico cubano es en la fecha”. Para ella Cuba, donde vive pero donde se

siente acechada, es “el hogar en zona de conflicto, un *insilio*, donde aún hay que forrar los libros prohibidos”. “Claro que tengo miedo cuando escribo, pero los que estamos metidos en el conflicto no vemos las balas”, añadió.

Es esta la historia de una mujer joven que se sintió atrapada, prohibida, vigilada e ignorada en Cuba, exitosa escritora fuera de su país. Una historia que le suena mucho, muchísimo, a Wendy. Tanto que se diría que es la suya. Enclaustrada en una gran mansión de El Vedado vive una inesperada aventura sentimental con un actor de Hollywood, a priori la antítesis de su hombre ideal.

“El cuerpo es el único espacio de libertad de los cubanos”, dijo un día. Y en ello anda. En trasladar esa metáfora a sus novelas con escenas donde el sexo y la política son vasos comunicantes. Consecuencias de la búsqueda y el temor. En esta ocasión la peripécia de una joven a quien los funcionarios “de la guayaba” consideran disidente y que, entre otras cosas, descubre quiénes fueron sus padres.

El título, *Domingo de Revolución*, responde al estado de ánimo más común en su país: “Esa sensación de estar en un punto de la semana que no sabes dónde empieza ni donde acaba”. Pulsión dual, dice, que persigue a su generación. “Nos hemos criado en un estado de vigilancia, tienen ustedes más información de nosotros

“Claro que tengo miedo cuando escribo, pero los que estamos metidos en el conflicto no vemos las balas”

que nosotros mismos. Yo me he quedado como en una playa llena de huellas cuando todos los turistas ya se fueron...”.

“¿Desde cuándo te importó lo que piensen de ti?” cree que le dice su madre, a la protagonista, desde el marco de una foto. El miedo oficial, la huida. Y la respuesta a esa pregunta llega en la voz de Cleo: “En realidad, el verdadero micrófono, tras años de hablar bajo y de renunciar a decir lo que piensas, el verdadero artefacto, ya vive dentro de ti”.

Protagonista y autora viven en estado perenne de resistencia. “Sólo que ella es heroína, Juana de Arco contemporánea, y yo no”. Hace poco Guerra manifestó su idea de reconstrucción para Cuba: “Dije que hablaría con gente de ideología distinta. ¡La red se incendió! Pero algo habrá que preparar, al menos una *conversación en la catedral*... Dialogar, condenados a entendernos”.

Hace mucho que Guerra descubrió el precio que le cobra un país a alguien por “escribir lo que una piensa”. En *Domingo de Revolución* mezcla ese sentimiento de desamparo con el vértigo hacia un país al que amas pero te excluye. Su rebeldía irrenunciable. ●